



Octobriana, una heroína condenada a una vida clandestina.

ry" aparece entre cuatro y seis veces al año y su tirada es de un centenar de ejemplares, que circulan a ritmo acelerado. Después, el PPP consigue los medios técnicos necesarios para imprimir el ya célebre samizdat, según un procedimiento que se parece mucho al offset. La tirada aumenta considerablemente y la fama de Octobriana traspasa las fronteras de Ucrania. Aparecen grupos PPP en las principales Universidades soviéticas, donde surgen entonces otros periódicos clandestinos, como el "Kapitan", de Moscú. Los miembros de los diversos grupos PPP llegan incluso a celebrar un congreso secreto.

La bella Octobriana vive mientras tanto aventuras premonitorias: en 1961 interviene, con vehemencia, en contra de la invasión soviética de Checoslovaquia. O bien saca provecho de las lecciones del pasado: durante la terrible sequía de los años veinte en Ucrania, Octobriana decide actuar por su cuenta "porque el Gobierno soviético se muestra impotente y los países occidentales sólo ofrecen su caridad interesada e inútil". Otra vez, en una historia épico-científica, Octobriana consigue dar muerte a un horrible monstruo, una foca convertida en marciano, que amenaza a un pueblo de tranquilos pescadores y al que ni siquiera los comisarios del Gobierno bolchevique han conseguido aproximarse.

Impulsiva, eficaz, Octobriana se convierte, cuando las circunstancias así lo exigen, en superagente doble del KGB. En "Los

soles atómicos del Presidente Mao", la heroína es convocada por el Pentágono, que la encarga la destrucción de un centro chino de investigaciones nucleares, medida esta que cuenta con el beneplácito de los soviéticos. Situación dolorosa para Octobriana, que no quiere ayudar ni a los imperialistas ni a los revisionistas, pero que es al mismo tiempo consciente del peligro que representa la potencia atómica de China. Nuestra heroína decide, pues, destruir el reactor nuclear, liquidar a los agentes soviéticos y raptar al camarada Mao. Este último, montado en un camello blanco, se ve obligado a escuchar el discurso político-filosófico de la heroína en torno a la supervivencia de la Humanidad. Octobriana termina pidiendo al Presidente chino que desempeñe el papel de árbitro en la disputa entre los supergrandes.

Publicadas en Londres, gracias a una tráfuga del PPP, "Las aventuras de Octobriana" (1) son hasta la fecha los únicos testigos del underground soviético.

Esta vampiresa, salida directamente de un calendario de "Playboy", ¿es acaso una "respuesta a la miseria sexual que reina en la Unión Soviética", una "maniobra de la pornografía que especularía con el miedo que allí provoca la sexualidad y el placer" o una "criatura situacionista"? A menos que, condenada a llevar una vida subterránea, Octobriana la pura sea sencillamente aquel viejo topo tan caro a Marx, que no deja de excavar ni un solo instante. ■ GERARD PONTHEU.

(1) «Octobriana». Tom Stacey.

La Capillina Sixtina

¡ESPAÑA, TOMATE MIO!

Invitado por Nuria Pompeia y su marido, Salvador Pániker, he pasado unos días en la Costa Brava, a la altura de la playa de Pals, en una masía vieja que el matrimonio Pániker tiene muy bien acondicionada. Lo bueno del veraneo en la Costa Brava es la oportunidad que tienes de cambiar de playa. Las calitas se suceden, y los nativos o los drogadictos de estas costas conocen el rosario de los nombres y las geografías de sus minifordos con una devoción entrañable. Un día me he bañado en S'Alguer; otro día, en Sa Tuna; otro, en Sa Riera; otro, en Pals; otro, en la playa de Castell; otro, en La Fosca. Por cierto, en La Fosca me encuentro a Manolo Vázquez Montalbán, y cómo no, escribiendo. Me dice que aprovecha las vacaciones de agosto para escribir novelas.

—¿Una novela?

—No. Novelas. Las hago por el sistema de las simultáneas. Empiezo cuatro o cinco, y como sólo las puedo trabajar de agosto en agosto tiro un poco de una y otro poco de otra y algún día saldrán.

Manolo me invita a la contemplación de un espectáculo de fábula. Le sigo hasta una de las calas que suceden a La Fosca (La Oscura), y me dice:

—Túmbate sobre esta toalla, cuerpo a tierra, y mira con desganada curiosidad.

—¿Mujeres?

—Llega un momento en que de eso te saturas. Aquí el espectáculo son los tomates.

En efecto. No llevaba aún cinco minutos en posición de «marine» americano recién desembarcado en Guadalcanal cuando veo la primera pareja de tomates. Un matrimonio masculino francés saca dos tomates de una bolsa de playa y empiezan a comerlos con parsimonia de foie gras de verdad y muy educadamente. Cinco segundos después, otro matrimonio francés, esta vez mixto, saca otros dos tomates, a un metro de distancia, y empieza a comerlos a bocaditos civilizados y paladeantes. Una familia numerosa alemana abandona el forcejeo con un fuera borda para arrojarlos, con menos modos que los franceses, sobre media docena de tomates enormes, restallantes, obscenamente colorados. Y tomate hay en la boca de una rubia maciza, en la mano de un niño holandés saltarín, que me pone perdido

de arena cada vez que cae muerto a mi lado desde un hipotético caballo confederado.

—¿Pero, qué pasa? ¿Es una moda?

Manolo me ruega silencio; está embobado contemplando la masacre de los tomates. Cuando empieza a menguar la tomatada, Manolo vuelve de su éxtasis y me atiende:

—No es una moda, Sixto, es turismo social. Este año entran muchos millones de turistas, pero en verdad, en verdad te digo, que los únicos beneficiarios reales del crecimiento turístico del país son los vendedores de tomates. Mañana por la mañana te vienes conmigo al mercado al aire libre de Palamós y verás que el porcentaje de compradores de proteínas cárnicas y piscícolas se decanta al lado del turista nativo. Los extranjeros compran tomates.

—Pero algo quedará cuando se fomenta tanto el turismo.

—Claro. Algo queda. Pero mucho menos de lo que proporcionalmente quedaba hace diez años. El turista con posibles cambia de país. Ahora están descubriendo Túnez, Argelia, Yugoslavia. Si el cambio monetario aquí les es favorable, allí les convierte en pachás. Y aquí va viniendo un turismo tomatero.

—Pero no seas despectivo, Manolo. Así favorecemos el turismo social y la comunicación entre los pueblos a nivel proletario.

—La única comunicación que se establece es la de la compra de tomates. El turismo es un medio de incomunicación más. Fijate, un pueblecito como San Antonio de Calonge tiene mil habitantes durante el año y en verano, cuarenta mil. Esta gente no viene a comunicarse. Viene a quitarse los barros a base de baños de mar y sol. El nativo es lo de menos.

—Cuarenta mil tomates diarios por noventa días de verano son tres millones seiscientos mil tomates.

—Y sólo en San Antonio de Calonge.

Me he tumbado en la arena y he tenido una visión. He visto a uno de esos extranjeros ilustres que nos visitan. Un ministro de no sé qué y de un país cualquiera. Le he visto cruzar Madrid en la calesa de las cartas credenciales, y al bajar de la calesa le he visto mordisqueando un tomate con diplomáticas maneras. ■

SIXTO CAMARA